

*luis
gonzález
de alba*

condicione a su marido

Para explicar un fenómeno, cualquiera que éste sea, se requiere el cumplimiento de un supuesto previo en primer término: considerar que es necesaria dicha explicación. De otra manera jamás se plantea ni la pregunta que iniciaría el análisis.

Lo mismo sucede cuando se habla de la situación de la mujer: si no existe una duda inicial, resulta entonces que el lugar de la mujer viene a ser tan natural como el de las orejas.

Desde la no-explicación, el no-punto de vista consiguientes, la condición femenina resultaría del atávico arrobo que produce a toda clase de mujeres la vista de una larga hilera de lavaderos en una azotea —sobre todo a la luz de la luna—; por el rapto místico en que entran ante un balde con lejía y una jerga, o por su particular proclividad a pintar con amarillo congo cuanto piso encuentran.

Ciertas pautas milenarias llamadas *improntas* hacen que las golondrinas aniden bajo los aleros, obligan a las aves migratorias a viajar hacia el sur en otoño, producen temor en los polluelos ante la sombra de un gavilán (aunque sea de cartón). De la misma manera, póngase un enjambre de abejas en un jardín y sin tardanza construirá una colmena; póngase una mujer ante un kilo de tortillas e irremisiblemente lo convertirá en chilaquiles.

Pero siempre hay inconformes que todo lo complican: así

como dieron al traste con eficaces relaciones de producción al preguntarse si los obreros deberían tener otro fin en sus paupérrimas existencias que el de producir sedas estampadas y brocados que diferenciaran a la gente bien de la chusma; igual “desestabilizaron” la repartición de los trabajos que la humanidad había implantado milenios atrás. A los trabajos femeniles se añadía una exigencia: realícelos de la manera más imperceptible, trata de no existir, que no se vean sino los resultados de tu labor. Cuando no eran necesarias, las mujeres griegas se guardaban en el gineceo, como las escobas detrás de la puerta, mientras los hombres cazaban, mataban enemigos, lanzaban discos, hacían esculturas, se planteaban el problema del conocimiento, el de la cuadratura del círculo, y se divertían mucho entre ellos.

Esta es la organización que hoy se pone en duda. Para medir el alcance de semejante ruptura en las costumbres, preguntémosnos: ¿Qué habría podido componer Bach si, con 20 hijos, hubiera tenido que tirar 20 bacinicas a la Kagenstrasse por la mañana, lavar pañales y cepillar tricórnios por la tarde, y hornear applestrudl para la cena?

Pero el mal ya está hecho, porque, como toda ideología, la que sujeta a las mujeres es efectiva en cuanto resulte “natural”,

es decir, en la medida en que nadie se pregunte si es correcta o no esa forma de organización del hormiguero. Como dice el adagio latino: Cuando la pregunta aparece, el encanto se desvanece. Planteada la cuestión ya no queda sino responderla.

Esto es lo que ha intentado hacer la doctora Josephine Weiss en su artículo "Der Professor sagt der Waschfrau", traducido en Barcelona por su hermana Charlotte Weiss con el título: "El catedrático le dijo a la lavandera".

Allí nos cuenta la doctora Weiss que el catedrático quiso proporcionar a su lavandera una ayuda mnemotécnica y le dijo: "Bueno, Mütterchen (madrecita), no olvide mi número telefónico, es el 8-40; para retenerlo fácilmente, piense sólo en el Rey Luis el Alemán, quien subió al Trono en el Año 840." Certero ejemplo de cómo todo catedrático tiene una lavandera y de cómo éstas no conocen la fecha de ascenso al trono de Ludwig den Deutschen, pues de otra manera el asunto no tendría gracia.

Continúa luego desglosando *The Basic Concepts of Behavior*, de la respuesta consejera matrimonial Brenda F. Skiller, para mostrarnos de qué manera se implanta en las futuras amas de casa la conducta esperada. Asienta la Weiss que se trata de respuestas condicionadas, nombre que toma de la señora Skiller.

Conducta Operante

"En condicionamiento operante", nos dice la Weiss, "nosotros pensamos de conducta como segmentada en unidades llamadas



Rembrandt

respuestas. Pensamos de ambiente como segmentado en unidades llamadas estímulos".

Hay dos tipos de conducta: respondiente y operante. La primera es similar en cada especie. Hombres y mujeres flexionan la pierna cuando se les golpea la rodilla en el lugar adecuado. La respuesta es la misma independientemente de que se considere muy inadecuada en una señorita casadera.

En los organismos superiores, la conducta respondiente constituye una pequeña porción de la conducta. El resto es operante: perros que mueven la cola, pájaros que cantan, mujeres que muelen ajonjolí en metate para hacerle mole poblano a su marido, maridos que exclaman "tráeme una cerveza, llévate este niño, dónde andabas a estas horas". Toda es conducta operante y se diferencia de la primera en que es *aprendida* y, por lo tanto, modificable.

Reforzamiento

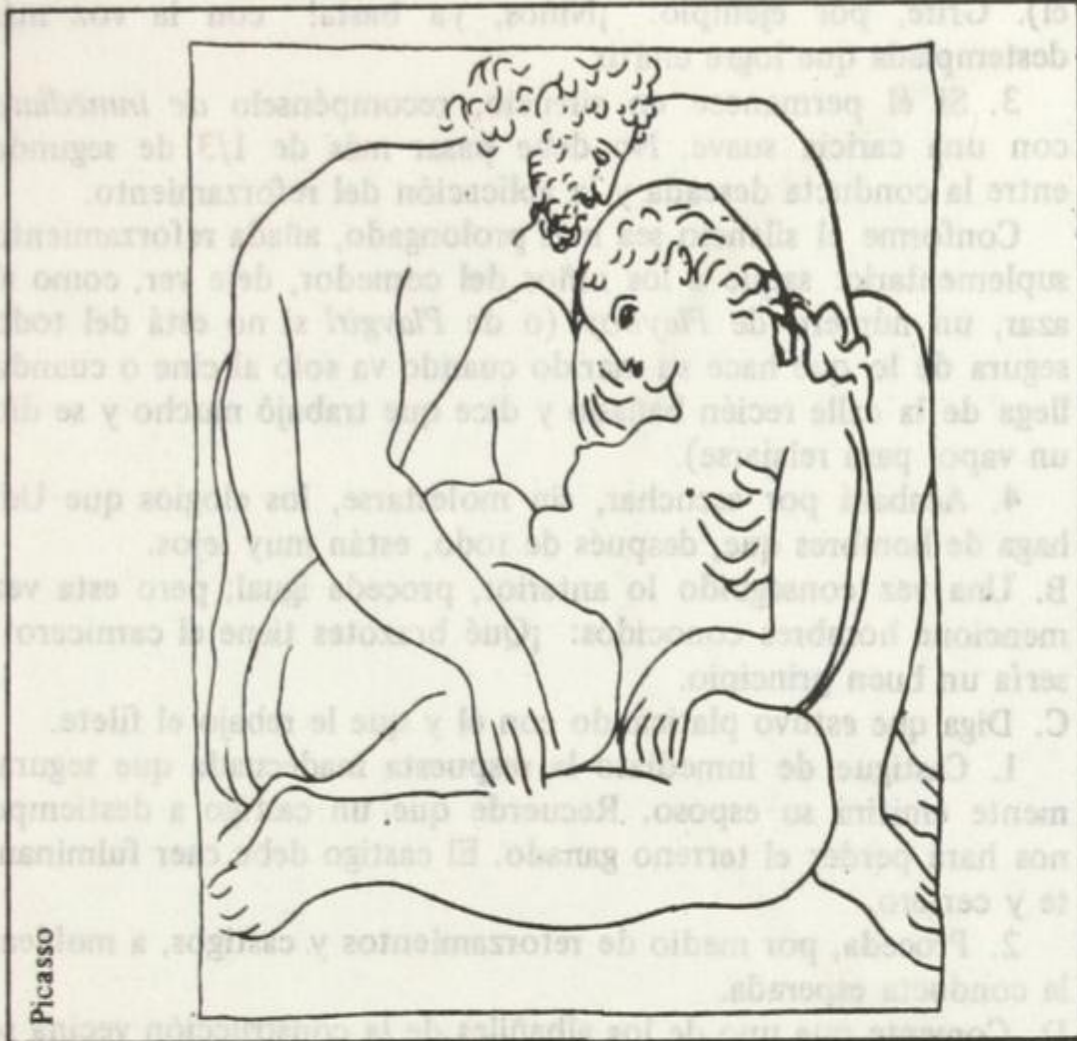
¿Cómo se aprende? Así nos lo resume la Weiss: "Es claro que algunos operantes (o sea, porciones de conducta operante) ocurren más frecuently than others y que la frecuencia con que una dada operante ocurre, puede cambiar." Los maridos pueden gritar más o dejar de hacerlo, las mujeres pueden hacer tamales una vez a la semana o sólo por Pascua Florida.

"La observación de más cerca sugiere que la frecuencia de ocurrencia de una operante es grandemente influida por las consecuencias de la operante. La frecuencia de la conducta operante está primariamente determinada por sus *afectos* (el evento ambiental que la sigue) y no por los estímulos, como en la conducta respondiente."

O sea que la respuesta "no te metas en asuntos de hombres" no será modificada por algún estímulo previo, sino por las consecuencias que sigan al "no te metas".

Reforzamiento positivo

"Los efectos o consecuencias de la conducta pueden ser la aparición de una parte adicional del ambiente (un plato de mole) o la desaparición de alguna parte del ambiente (la mujer que sale despavorida). Si la aparición de un estímulo (el plato) como consecuencia de una respuesta (¿qué pasó con mi mole!) aumenta la probabilidad de que tal respuesta vuelva a ocurrir en el futuro, el estímulo se llama *reforzador positivo*." Es obvio lo que nos explica la doctora: si cada vez que una gritara ¡mi mole! apareciera un delicioso plato, gritaríamos más seguido que si no aparece nada; y no volveríamos a gritar si saliera un perro y nos mordiera.



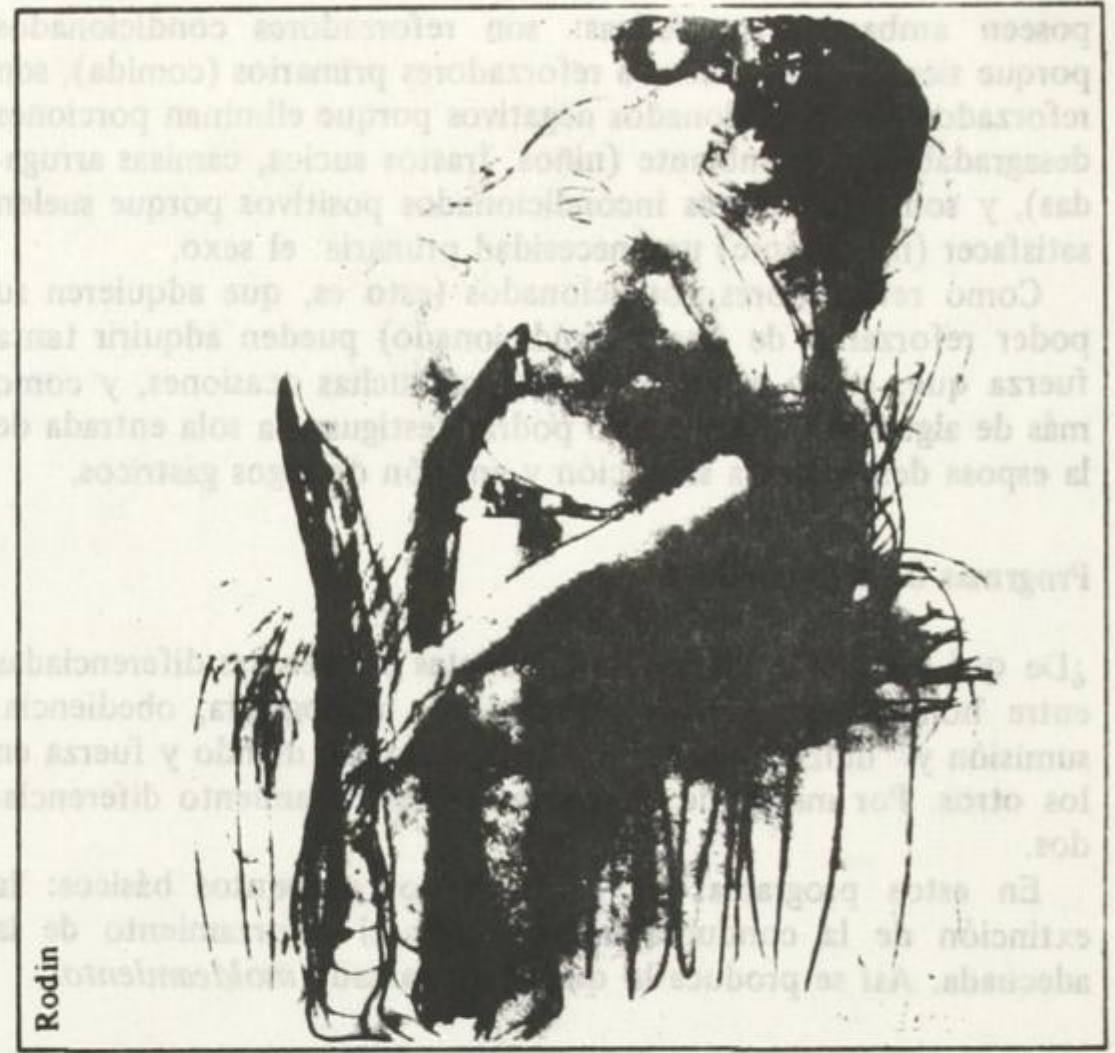
Picasso

Reforzamiento negativo

“Si la *desaparición* de un estímulo (la mujer que decía: yo le voy al Necaxa) como consecuencia de una respuesta (¡Vete a la azotea!) resulta en una incrementada probabilidad de que la respuesta vuelva a ocurrir en el futuro, el estímulo es llamado *estímulo aversivo* (la mujer que le va al Necaxa), o *reforzador negativo*.”

Estímulos discriminativos

La mayoría de las operantes ocurren con alta frecuencia sólo bajo ciertas condiciones. Nadie recita el Nocturno a Rosario cuando una secretaria le anuncia que el candidato a la Presidencia lo llama por teléfono. Nadie apaga un foco apagado ni se viste de tehuana para recibir las estrellas de coronel (hay excepciones en todos los casos). Estos son ejemplos del control de la conducta operante por estímulos discriminativos. El estímulo discriminativo para recitar El Brindis del Bohemio sería el conjunto de caras y los danzones que indican que estamos en la reunión anual de la generación 1950 de abogados. Ya sabemos, también, quiénes



Rodin

debieran estar frente a nosotros para que considerásemos adecuado el uso del traje de tehuana.

“En cada caso, la probabilidad de que la operante ocurra es alta sólo en presencia de ciertos eventos ambientales. En condicionamiento operante se dice que los estímulos discriminativos *controlan* la respuesta operante.” Para que aparezca la operante “apagar foco” es necesaria la presencia del estímulo discriminativo “luz del foco”; para que se dé la respuesta “llévate de aquí ese niño chillón” se requiere la presencia del estímulo “esposa”, que es quien controla la respuesta.

Reforzadores condicionados

“Algunos estímulos, tales como alimentos y agua, son capaces de reforzar la conducta sin que el organismo haya tenido ninguna experiencia previa con ellos. Estos estímulos se llaman primarios o incondicionados. Otros estímulos adquieren su poder reforzador a través de la experiencia del organismo; se llaman secundarios o condicionados”. Por ejemplo, una luz que se encienda a la hora de comer, acabará por ser reforzante por sí misma. Un reforzador puede ser condicionado e incondicionado. Las esposas

poseen ambas características: son reforzadores condicionados porque siempre van unidas a reforzadores primarios (comida); son reforzadores incondicionados negativos porque eliminan porciones desagradables del ambiente (niños, trastos sucios, camisas arrugadas), y son reforzadores incondicionados positivos porque suelen satisfacer (no siempre) una necesidad primaria: el sexo.

Como reforzadores condicionados (esto es, que adquieren su poder reforzante de uno incondicionado) pueden adquirir tanta fuerza que, como se ha probado en muchas ocasiones, y como más de algún lector masculino podrá atestiguar, la sola entrada de la esposa desencadena salivación y emisión de jugos gástricos.

Programas de reforzamiento

¿De qué manera se implantan conductas y creencias diferenciadas entre hombres y mujeres? Virginidad, monogamia, obediencia, sumisión y "dulzura" en unas; libertad sexual, mando y fuerza en los otros. Por medio de programas de reforzamiento diferenciados.

En estos programas se manejan dos elementos básicos: la extinción de la conducta indeseable y el reforzamiento de la adecuada. Así se produce lo que se ha llamado *moldeamiento*.

Un ejemplo práctico

Josephine Weiss nos presenta a continuación un ejemplo de programa dirigido a moldear, en un marido ortodoxo, una conducta de permisividad sexual para la mujer.

Es perfectamente factible moldear la conducta de cualquier marido, comenta la Weiss. Y pide que se sigan escrupulosamente los pasos descritos a continuación.

Digamos que Ud., cansada por el tedio de la monogamia, fastidiada porque los amantes, en cuanto lo son, adquieren su torva calidad de maridos de segunda, desea simplemente recoger a un futbolista a la salida de un partido o a un cadete en día de asueto:

A. Elogie hombres inalcanzables

1. Empiece por hablar de actores extranjeros en la mesa. Es importante que sean extranjeros y que el elogio se produzca en la mesa, de preferencia un día en que haya buena comida; vino, quizá.

2. Cuando él se moleste y responda "¿qué te pasa?, ¿qué te traes con Robert Redford?", respuesta absolutamente inadecuada, pegue Ud. un grito súbito con cualquier pretexto (no contra

él). Grite, por ejemplo: ¡Niños, ya basta! con la voz más destemplada que logre emitir.

3. Si él permanece en silencio, recompénselo de inmediato con una caricia suave. No debe pasar más de 1/3 de segundo entre la conducta deseada y la aplicación del reforzamiento.

Conforme el silencio sea más prolongado, añada reforzamiento suplementario: saque a los niños del comedor, deje ver, como al azar, un número de *Playboy* (o de *Playgirl* si no está del todo segura de lo que hace su marido cuando va solo al cine o cuando llega de la calle recién bañado y dice que trabajó mucho y se dio un vapor para relajarse).

4. Acabará por escuchar, sin molestarse, los elogios que Ud. haga de hombres que, después de todo, están muy lejos.

B. Una vez conseguido lo anterior, proceda igual; pero esta vez mencione hombres conocidos: ¡Qué brazotes tiene el carnicero! sería un buen principio.

C. Diga que estuvo platicando con él y que le rebajó el filete.

1. Castigue de inmediato la respuesta inadecuada que seguramente emitirá su esposo. Recuerde que un castigo a destiempo nos hará perder el terreno ganado. El castigo debe caer fulminante y certero.

2. Proceda, por medio de reforzamientos y castigos, a moldear la conducta esperada.

D. Comente que uno de los albañiles de la construcción vecina se permitió besarla.

1. Ante la tormenta, deje caer una bandeja cargada de objetos ruidosos: campanas, cacerolas, toda clase de cacharros (procure que nada se rompa y que caiga a espaldas de su esposo). Sincronice el efecto con la alarma del despertador, que debe sonar en ese preciso instante. Pise a uno de los niños (o a varios a la vez, si fuera posible) y a otro dele discretamente un pellizco espantoso.

2. Aplique reforzamiento de la respuesta favorable.

3. Recuerde que existen algunos programas de reforzamiento más efectivos que otros: VR, VI, Drl, Drh, etc. Consulte a un especialista.

E. Para castigar la respuesta que sobrevendrá cuando explique Ud. por qué trae la falda llena de mezcla o por qué huele a carnitas o cómo es que trae aceite del cuarenta en el sostén, deberá tener en el tocadiscos, y a todo volumen, los efectos sensorround. No está de más dar una falsa alarma a los bomberos, para que, cuando Ud. escuche la "s" de "¡eres...!", derriben la puerta a hachazos mientras se inicia el temblor y estalla una olla de presión llena de frijoles.

En cuanto se presente una respuesta adecuada: "Ay, Cielo; ese pelado te echó a perder el sostén que compramos en Bruselas" refuércela de inmediato. Recuerde: 1/3 de segundo.